

molestarte hasta el primero del mes siguiente... en que vuelven por la propina.

FER.—Pero hay algunos indomables!

ROBERTO.—Cuéntaselo a Luis!... A mí, desde que resolví trabajar, no me molestan. Ah! pero me los sé de memoria: conozco sus orígenes y clasificaciones; sus métodos; su táctica ofensiva y defensiva...

LUIS.—Vengan esas clasificaciones!

ROBERTO, *medio sentado sobre la mesa del escritorio*.—Yo divido a los acreedores en cuatro clases dominantes: *feroces, intransigentes, equitativos y resignados*.

El género del «inglés feroz» abunda poco. Suele distinguirse por sus modales groseros, su exactitud matemática en las prórrogas y sus constantes amenazas de demanda y embargo. Es una calamidad: conviene librarse de él.

El acreedor «intransigente» no os atormenta tanto como el anterior; pero se empeña en que fijéis una fecha para cubrir la deuda. No acepta combinaciones. Si no se despliega mucho sentido, se acabará por pagarle...

Todos ríen.

FER.—Ja! ja!, sigue, sigue; que tengo empeño de conocer esa *rara avis* que tú denominaste el «inglés equitativo».

ROBERTO.—El acreedor «equitativo» es aquel que se entera concienzudamente de vuestras entradas y salidas. Conoce la fecha exacta en que estáis «en fondos». Nunca os cobra delante de testigos, y menos si no son amigos vuestros, es el «inglés» razonable por excelencia!

MARCELO.—Es el acreedor práctico... Pero te falta el «inglés resignado»... si los hay.

ROBERTO.—Recordaréis, sin duda, a aquel que os estrecha la mano con cariño; que se entera con interés de vuestra salud, de la de vuestra señora madre y de la de los hermanitos menores; que os pregunta con exquisita discreción, «que hay de aquello», y cuando le respondéis con el clásico: «dese una vueltecita»... Se va; porque tiene confianza en que no hay deuda que no se pague.. Pues bien, aquel que cobra siempre en voz baja, con eufemismos, dulcemente, como queriendo comprometer vuestra gratitud... ese es el «inglés resignado», el «inglés» modelo, el «inglés» ideal!...

LUIS.—Dichoso tú, Roberto, que te libras-te de ellos para siempre!

FER., desdichado de tí, Luis, que no hay mujer que se compadezca de los tuyos.

ESCENA III

Dichos y DON ANDRÉS

que se presenta de modo inopinado por el foro

DÓN ANDRÉS.—¿Estorbo?...

MARCELO, *sale al encuentro de su padre y lo abraza*.—Nadie es inoportuno en su casa.

D. ANDRÉS, *con cierta emoción*.—Hijo mío!

ROBERTO, *tendiéndole la mano*.—¿Cómo estás?

Fernando y Luis saludan a su turno a don Andrés, quien se sienta en una butaca.

D. ANDRÉS.—Qué cuentan ustedes de nuevo?

FER.—Que se nos casa nuestro amigo Roberto... es el primero que cae!

D. ANDRÉS.—Ya lo sabía.

LUIS.—Ya iremos todos cayendo... Hasta Marcelo, que parece irreductible.

MARCELO, *a Luis*.—Por lo de Blanca, lo dices? Bah!

ROBERTO.—Sí, hombre, esa muchacha sueña contigo... está en sazón de hacerte versos o tomarse una caja de fósforos.

D. ANDRÉS.—Sean ustedes más respetuosos con las damas. *Pausa.*

LUIS, *a Fernando*.—Todo esto está muy interesante; pero volvámonos al Club. . quiero la revancha.

FER, *de pie*.—Vámonos. ¿Vienes, Roberto?

ROBERTO.—Necesito tratar algo con Marcelo.

D. ANDRÉS.—Secretos de Estado...

MARCELO.—No, papá.

LUIS.—Hasta luego!

ROBERTO.—Hasta luego...

FER.—Adiós!

Desaparecen Fernando y Luis, por el foro.

ESCENA IV

MARCELO, ROBERTO y DON ANDRÉS.

Hay un largo silencio.

MARCELO.—Por fin nos quedamos solos! Qué horrible tortura es tener que estar haciendo farsa, mientras se piensa que en el término de dos horas hemos de jugar-nos la vida!